

religiosas, tan de cartón piedra como su enorme espantapájaros, son colocadas en el poema como figuras de feria de milagros irrisibles («Sin asomar las narices a la calle, los santos realizan el milagro de que los balcones no se caigan».)

Aunque esa distancia que requiere la observación atenta y despojada no implicaba crueldad, o superioridad alguna. Aldo Pellegrini, testigo de excepción y amigo personal de Gironde, describe en cambio su preocupación por los otros de la siguiente manera³:

«Frecuenté con bastante asiduidad las tertulias de Gironde, quien me demostró, aparte de un valor humano excepcional, la imagen del poeta que vive exclusivamente para la poesía. Ésta lo absorbía, lo devoraba y el mundo y la vida se presentaban para él siempre transmutados por ese fervor ardiente de la actitud poética. (...)

Lo que especialmente me impresionó siempre en la conducta de Gironde fue el interés particular que sentía por el bienestar o la felicidad de los otros. Se constituía en consejero espontáneo de sus amigos y su colaboración abarcaba desde el juicio sobre los originales que le traían los poetas jóvenes, a los que ayudaba con su experiencia, hasta su mediación u opinión en problemas privados o la orientación en las dificultades materiales. Todo malestar o enfermedad de algún amigo lo desvelaba y preocupaba de un modo nada común»

Son múltiples las anécdotas que se cuentan sobre sus andanzas. Como aquella ocasión en la que en París se le acerca un caballero de la Paramount, que le ofrece el papel protagonista —el de un contrabandista y violinista— de una película que iba a rodarse en Sierra Morena. Gironde rechazó el papel con una sonrisa. «La misma —recuerda Ramón Gómez de la Serna— con la que ha rechazado la secretaría de la embajada en Washington, o el nombramiento de académico».

El mismo Ramón Gómez de la Serna, ferviente admirador de su poesía pero sobre todo del poeta, desde que le recibiera por

³ Aldo Pellegrini: «Mi visión personal de Oliverio Gironde» en Oliverio Gironde: *Antología, op. cit.*, págs. 10-12.

primera vez en Madrid en la tertulia de Pombo, cuenta en sus *Retratos Contemporáneos* que, en Lisboa, un Gironde exultante le conduce a una plazuela «donde el vendedor del mejor callicida del mundo presentaba en sus vitrinas los desprendimientos pedestres de tan grandes personajes como el excelentísimo señor almirante Fernando Silva Moreira Fonseca y Campoforte».

Por su parte, el primer encuentro de dos de las cumbres de la poesía hispanoamericana, Oliverio Gironde y César Vallejo, resultó en un principio frustrado, y bastante divertido. Así lo cuenta, basándose en la narración del propio poeta, Francisco Urondo⁴:

«En Perú conoce a César Vallejo, pero sin que lleguen a verse las caras: «Pensaba desembarcar en El Callao y le había avisado a Vallejo, que me estaba esperando en el muelle; pero mi barco no pudo arrimarse porque se había desencadenado una tormenta tremenda. Vallejo, enterado de esto, se arrimó en una lancha y yo no lo veía porque estaba muy oscuro, pero oía que me gritaba, «Gironde, Gironde» y yo le gritaba «Vallejo, Vallejo», pero de allí no pasamos». (...)

«Si hubiera sabido que él andaba en París mal de dinero –mintió una vez– yo lo hubiese podido ayudar». Años después de su muerte, por algunas cartas que se dieron a conocer, pudo saberse que se veían y que la ayuda había existido».

Su legendaria barba fue en una ocasión motivo de burla cariñosa: treinta mil voces le gritaron «chivo» en una cancha de fútbol de Buenos Aires. No se sabe si por el trauma, decide ir a afeitársela, pero el peluquero se niega en rotundo.

Norah Lange, la altísima y pelirroja poeta de origen noruego, autora del poemario *45 días y treinta marineros*, fue su compañera inseparable desde que se encuentran en una cena-homenaje a Martín Fierro. Se casan en 1943, después de una larga y duradera relación, y estarán juntos hasta el final. Su casa de la calle Suipacha sirvió de refugio para los jóvenes poetas, que se reunían todos

⁴ Francisco Urondo, prólogo a Oliverio Gironde: *En la masvida* (Poemas escogidos) (Barcelona: Ocnos, 1972, pág. 11.

los martes en torno al maestro: Edgar Bayley, Enrique Molina, Olga Orozco, Aldo Pellegrini, etc. Viajeros incansables, en 1948 realizan un viaje a Europa, que repetirán por última vez en 1965.

«A veces rotundo/ a veces muy hondo/ se va por el mundo/
girando, Girondo», vocean sus amigos en uno de los tantos banquetes de despedida de la pareja.

Como el Jano bifronte, que en una de sus cabezas ríe y en la otra llora, la segunda faceta de Girondo, más allá de viajes, fiestas, tablaos flamencos, noches interminables de farra y tango, chistes, tertulias y ruido, es más bien melancólica. La progresión de sus libros, que parten de un humor ácido y surrealista y van tomando un tono cada vez más nostálgico, más íntimo, más desesperanzado, nos da pistas al respecto. Aunque ya desde los primeros títulos, por detrás de las cortinas de humo de su gas hilarante, podemos atisbar la angustia, un exacerbado sentimiento de soledad («Solo,/ con mi esqueleto,/ mi sombra,/ mis arterias,/ como un sapo en su cueva,/ asomado al verano,/ entre miles de insectos») y los efectos, en ocasiones devastadores, de su hipersensibilidad, de su ausencia de piel:

«Pienso en dónde guardaré los quioscos, los faroles, los transeúntes, que se me entran por las pupilas. Me siento tan lleno que tengo miedo de estallar... Necesitaría dejar algún lastre sobre la vereda»

La dispersión, la incontinencia como rasgo de carácter unido también a su cualidad de vivirlo todo, con ansia insaciable, se refleja en un texto con tintes humorísticos:

«Yo no tengo una personalidad; yo soy un cocktail, un conglomerado, una manifestación de personalidades.

En mí, la personalidad es una especie de forunculosis anímica en estado crónico de erupción; no pasa media hora sin que me nazca una nueva personalidad. (...) Si alguna tiene una ocurrencia, que me hace reír a carcajadas, en el acto sale cualquier otra, proponiéndome un paseíto al cementerio. Ni bien aquella desea que me acueste con todas las mujeres de la ciudad, ésta se empeña en demostrarme las ventajas de la abstinencia, y mien-

tras una abusa de la noche y no me deja dormir hasta la madrugada, la otra me despierta con el amanecer y exige que me levante junto con las gallinas.»

Cerca ya de su libro cumbre –*En la más médula* (cuyo lenguaje híbrido, singular, influyera por ejemplo en el gílgico que utilizara Cortázar en *Rayuela*, y que marcara un hito en la historia de la poesía en habla hispana– los versos comienzan a tomar tintes más oscuros.

Para sacarse el mundo bebido, mal digerido por llegar arrastrando el barro en su corriente, invita por ejemplo, alejado de los juegos de palabras, y del humor, al llanto:

«Llorar a lágrima viva. Llorar a chorros. Llorar la digestión. Llorar el sueño. Llorar ante las puertas y los puertos. Llorar de amabilidad y de amarillo»

Y ya literalmente indispuerto por indigestión, por haberlo deglutido todo, haber tragado sin freno ni orden ni selección cuanto el mundo disponía en sus enormes bandejas ante él, la necesidad de regurgitarlo, en el vómito, en el llanto:

«Cúbrete el rostro/ y llora./ Vomita./ ¡Sí!/ Vomita,/ largos trozos de vidrio,/ amargos alfileres,/ turbios gritos de espanto,/ vocablos carcomidos; (...) Cúbrete el rostro/ y llora.../ pero no te contengas (...)»

Un accidente sufrido en 1961 le deja disminuido durante los últimos años de su vida. Y no le queda más remedio que frenar.

«El telón, al cerrarse, simula un telón entreabierto» ©

